

L. MAY ALCOTT, V. LEE,
A. B. EDWARDS, M. OLIPHANT

Cuatro damas del misterio

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



LA VENTANA DE LA BIBLIOTECA

Margaret Oliphant

I

Al principio no era consciente de todas las discusiones acerca de aquella ventana. Estaba casi enfrente de una de las ventanas del amplio salón de estilo anticuado en la casa donde pasé ese verano que fue tan decisivo en mi vida.

Nuestra casa y la biblioteca se hallaban en aceras opuestas de la calle principal de St. Rule's, una preciosa calle, espaciosa, ancha y muy tranquila, sobre todo para alguien acostumbrado a vivir en lugares más ruidosos; sin embargo, en los atardeceres de verano hay mucho ajetreo, y la quietud se llena de sonidos: el sonido de los pasos y de las agradables voces suavizadas por el aire veraniego. Hay incluso momentos excepcionales de algarabía: en temporada de feria y, a veces, los sábados por la noche

o cuando llegan los trenes de las excursiones. Entonces, ni siquiera el suave aire veraniego del atardecer consigue atenuar las estridentes voces y los pasos apresurados; pero en esos desapacibles momentos cerramos las ventanas, y hasta yo misma, que estoy tan encariñada con ese profundo rincón donde puedo encontrar refugio frente a todo lo que ocurre dentro de la casa y convertirme en espectadora de la variedad de historias que ocurren en el exterior, me retiro de mi torre de observación.

A decir verdad, en la casa apenas ocurría nada. La casa era propiedad de mi tía, a la cual (decía ella: «¡Gracias a Dios!») no le sucedía nunca nada. Creo que en su día le habían ocurrido muchas cosas, pero esto ya había terminado en la época de la que estoy hablando, y mi tía era ya una mujer anciana y muy tranquila. Su vida era una rutina nunca quebrada. Se levantaba siempre a la misma hora y hacía las mismas cosas en el mismo orden, día tras día, siempre igual. Ella decía que esa rutina era el mejor apoyo posible y una especie de salvación. Puede que sea así, pero es una salvación muy aburrida, y yo habría preferido cualquier otra cosa, fuera lo que fuese. Claro que entonces yo aún era joven, y esto lo explica todo.

En la época de la que hablo, retirarme en el profundo rincón de la ventana del salón era muy reconfortante para mí. Aunque mi tía era una

señora anciana —o quizás porque era tan anciana—, se mostraba muy tolerante y sentía alguna clase de afecto hacia mí. Nunca me decía nada, pero con frecuencia me dirigía una sonrisa cuando notaba cómo iba cogiendo más fuerzas, ayudada por mis libros y mi cesta de costura. La verdad es que cosía muy poco: unas puntadas de tanto en tanto, cuando estaba animada o cuando estaba inmersa en un sueño y me atraía más la idea de seguirlo que la de leer un libro, como algunas veces ocurría.

En otras ocasiones, si el libro era interesante, me quedaba allí sentada, leyendo sin parar y sin prestar atención a nadie. Sin embargo, sí prestaba algo de atención. Las ancianas amigas de mi tía Mary venían a visitarla, y yo las oía conversar, aunque muy pocas veces escuchaba lo que decían; a pesar de todo, si se les ocurría decir algo interesante, resultaba curioso cómo lo retenía en mi mente y lo recordaba más tarde, como si me lo trajese el aire. Ellas iban y venían, y a mí me daba la sensación de que sus viejos sombreros entraban y salían volando, y de que sus vestidos susurraban; a veces me tenía que levantar a saludar a algunas de ellas que me conocían y que me preguntaban por mis padres. Después, mi tía Mary me dirigía una discreta sonrisa y yo volvía a escabullirme junto a mi ventana. A ella nunca pareció importarle que lo

hiciera. Mi madre no me lo hubiera permitido, lo sé. Me habría recordado docenas de cosas por hacer. Me habría mandado al piso de arriba en busca de algo que yo sabía que no necesitaba, o a la planta baja para comunicarle algún encargo innecesario al ama de llaves. A mi madre le gustaba tenerme corriendo de un lado para otro.

Quizás por esa razón me gustaban tanto el salón de mi tía Mary, mi rincón junto a la ventana, los visillos que la cubrían a medias y el ancho asiento donde una podía acumular muchas cosas sin ser tachada de desordenada. En aquellos tiempos, cada vez que nos pasaba algo, nos mandaban a St. Rule's para recobrar fuerzas. Y eso era lo que me ocurrió en la época de los hechos que voy a contar.

Desde que aprendí a hablar, todo el mundo decía que yo era fantasiosa, imaginativa y soñadora, y muchos más adjetivos que tan a menudo incomodan a las chicas a las que les gusta la poesía y que disfrutan pensando. La gente no sabe a qué se refiere cuando usa la palabra «fantasiosa». Suena como a Madge Wildfire¹⁹ o algo así.

Mi madre opinaba que yo debía estar siempre ocupada para quitarme los pájaros de la cabeza. Pero, en realidad, mi cabeza no estaba llena de pájaros, como se suele decir. Era una muchacha más

19. Personaje de la novela *El corazón de Midlothian* (1818), de Walter Scott.

bien sería. No molestaba a nadie si se me dejaba estar a solas. Lo que ocurría es que poseía una especie de sexto sentido y me percataba de cosas a las que no prestaba atención. Incluso cuando leía el más interesante de los libros, absorbía las palabras que se pronunciaban a mi alrededor; y oía lo que la gente decía en la calle al pasar debajo de la ventana. Mi tía Mary siempre afirmaba que yo podía hacer dos e incluso tres cosas juntas: leer y escuchar a la vez, y ver.

Pero yo estaba segura de que no escuchaba mucho, ni miraba apenas fuera, al menos a propósito, como otras personas que se fijan en los sombreros que llevan las señoras por la calle. Pero sí escuchaba lo que no podía evitar escuchar, incluso leyendo, y veía todo tipo de cosas, aunque a menudo durante media hora entera nunca levantara los ojos del libro.

Esto no explica lo que conté al principio: que había muchas discusiones acerca de aquella ventana. Era —y es todavía— la última ventana de la biblioteca escolar que se encuentra enfrente de la casa de mi tía, en la calle principal. Aunque no está exactamente enfrente, sino un poco hacia el oeste, de modo que puedo verla mucho mejor desde la parte izquierda de mi rincón. Siempre había dado por sentado que era una ventana como cualquier otra hasta que empezaron a hablar de ella en el salón de mi tía.

—¿No se ha preguntado nunca, señora Balcarres, si esa ventana de ahí enfrente es o no una ventana? —preguntó el viejo señor Pitmilly.

Él la llamaba señora Balcarres, y a él siempre se le llamaba señor Pitmilly, de Morton, que era el nombre de su lugar de procedencia.

—A decir verdad, nunca he estado segura de ello en todos estos años —respondió mi tía Mary.

—Disculpen —intervino una de las damas—, ¿a qué ventana se refieren?

El señor Pitmilly tenía una forma de reír mientras hablaba que no me gustaba en absoluto; aunque, a decir verdad, a él le debía de dar igual el agradarme.

—¡Oh! Me refiero a la ventana que está justo enfrente —dijo Pitmilly, con su risita particular que se deslizaba entre las palabras—. Nuestra amiga no se ha fijado nunca, a pesar de que lleva viviendo aquí desde...

—No necesita usted recordar la fecha —intervino otra de las damas—. Es la ventana de la biblioteca —dijo—. ¿Qué otra cosa podría ser sino una ventana, querido? A la altura en la que está, una puerta no puede ser...

—Lo que me pregunto —dijo mi tía— es si se trata de una ventana de verdad, con cristales, o si está simplemente pintada, o si en otros tiempos fue una ventana, que luego ha sido tapiada. Cuanto

más la mira la gente, menos consigue dar una respuesta.

—Déjenme verla —dijo la anciana lady Carnbee, que era muy activa y decidida.

Entonces todos ellos se agolparon en torno a mí, tres o cuatro ancianas, muy exaltadas, y el pelo blanco del señor Pitmilly que sobresalía sobre sus cabezas; mi tía se quedó tranquilamente sentada sonriendo.

—Ya recuerdo esa ventana —dijo lady Carnbee—, sí, y seguro que otros también, pero la apariencia que tiene ahora es la de otra ventana cualquiera, si bien diría que no la limpian desde hace siglos.

—Entiendo lo que dice —terció otra de las damas—. Es una cosa sin vida, sin reflejos; pero la veo tan mal como siempre.

—Sin vida, sí —intervino otra—, pero no significa nada, con esas criadas tan insolentes que hay hoy en día...

—No, no es una cuestión de criadas —dijo la voz más suave de todas, que pertenecía a mi tía Mary—. Yo nunca permitiría que mis sirvientas arriesgaran sus vidas limpiando las ventanas por fuera. Además, en la vieja biblioteca no hay ninguna criada; creo que hay algo más allí.

Se me echaron prácticamente encima, una hilera de viejos rostros mirando algo que no acababan

de comprender. Me resultaba curioso ese muro de viejas damas con sus vestidos de satén, opacos a causa del tiempo, y lady Carnbee, con su cofia de encaje en la cabeza. Nadie me miraba ni reparaba en mi presencia, pero yo sentí inconscientemente el contraste entre su vejez y mi juventud, y las contemplaba mientras ellas miraban por encima de mi cabeza la ventana de la biblioteca. Yo no le prestaba atención en aquel momento. Estaba más interesada en las ancianas que en lo que ellas estaban mirando.

—El marco, por lo menos, está bien, por lo que veo, y está pintado de negro.

—Y las hojas también están pintadas de negro. No es una ventana, señora Balcarres. El hueco fue rellenado con pintura en los tiempos del impuesto sobre las ventanas: usted se acordará, lady Carnbee...

—¿Acordarme? —dijo la más anciana—. Yo me acuerdo de cuando su madre se casó, Jeanie, y eso no fue precisamente ayer. Pero esa ventana es un trampantojo, y esta es mi opinión sobre el tema, si quieren saberla...

—Le falta mucha luz a esa sala tan grande; si fuese una ventana de verdad, la biblioteca estaría más iluminada.

—Una cosa es obvia —dijo una de las damas más jóvenes—: no se trata de una ventana a través de la cual pueda verse algo. Tal vez ha sido rellenada

o tapiada, pero lo cierto es que no sirve para dejar entrar la luz.

—¿Alguien oyó hablar alguna vez de una ventana a través de la cual no pudiera verse nada? —dijo lady Carnbee.

Yo estaba fascinada por la expresión de su cara, una expresión desdeñosa, como la de quien sabe mucho más de lo que está dispuesto a decir. Luego, su mano atrapó mi errabunda imaginación, cuando lady Carnbee la levantó, haciendo caer hacia atrás el puño de encaje que la cubría. Los encajes de lady Carnbee eran lo más representativo de ella: recios encajes españoles, negros, floreados. Todo lo que llevaba puesto estaba adornado con encaje. Un largo velo de encaje colgaba de su viejo sombrero. Pero su mano, que surgía de otro espeso encaje, era algo curioso de verse. Tenía unos dedos muy largos, muy afilados, que en su juventud habrían sido muy admirados; y su mano era muy blanca, y hasta más que blanca: pálida, diáfana, exangüe, con grandes venas azules que sobresalían en el dorso; llevaba varios anillos refinados, entre los cuales uno con un gran diamante en un viejo y horrible engaste con garras. Los anillos eran demasiado grandes para sus dedos, por eso los había enrollado con seda amarilla para que no se le cayesen; sin embargo, ese diminuto cojín de seda, marrón por el uso, se había girado y ahora era más llamativo que las propias

joyas; mientras el gran diamante lucía en el hueco de la mano, como un objeto peligroso que desde su escondrijo lanzara dardos de luz. Aquella mano, en la que se fijaba mi atención, con sus extraños adornos, se apoderó de mi ya medio aterrorizada imaginación. Transmitía incluso más de lo que acabo de decir: sentía como si hubiera podido cogerme con unas garras afiladas y, como la picadura de una fascinante criatura al acecho, clavarme un aguijón directamente en el corazón.

Después de poco, sin embargo, el círculo de viejos rostros se disolvió, las viejas damas regresaron a sus asientos, y el señor Pitmilly, pequeño pero muy erguido, permaneció de pie en medio de ellas, hablando en un tono ligeramente autoritario, como un diminuto oráculo entre las señoras. Solo lady Carnbee contradecía al atildado y menudo viejo caballero. Al hablar, gesticulaba como una francesa, moviendo enérgicamente aquella mano, con su adorno de encaje colgando de manera que siempre conseguía yo vislumbrar el oculto diamante. Pensé que parecía una bruja en medio del grupo de tranquilas damas que prestaban tanta atención a todo lo que decía el señor Pitmilly.

—En mi opinión, no existe ventana alguna —decía él—. Es lo que en lenguaje científico se denomina una ilusión óptica. Generalmente, se presenta a causa, si me es permitido usar la pala-

bra en presencia de las damas, del hígado que no se encuentra en las condiciones y equilibrio ideales; y, entonces, se pueden ver cosas raras: en una ocasión se trató de un perro de color azul, creo recordar, y en otra...

—El caballero desvaría —le interrumpió lady Carnbee—. Hasta donde se me alcanza, tengo recuerdo de las ventanas de la biblioteca. ¿Acaso la misma biblioteca es también una ilusión óptica?

«¡En absoluto!», «¡No, no!», decían a coro las viejas señoras.

—Un perro azul es algo extravagante, pero la biblioteca siempre la hemos visto allí, desde que éramos jóvenes —dijo una de ellas.

—Y yo recuerdo que un año las asambleas se celebraron allí cuando estaban edificando el ayuntamiento —añadió otra.

—Es un gran entretenimiento para mí... —dijo mi tía Mary, pero lo que resultó extraño fue que hiciera una pausa y dijese en un tono bajo: «ahora»; y luego continuó de nuevo—: porque siempre que viene gente a casa se termina hablando de esa ventana, aunque no me he dado cuenta hasta este instante. A veces pienso que es uno de esos casos del maldito impuesto sobre las ventanas, como dice usted, señora Jeanie, cuando cegábamos la mitad de nuestras ventanas para ahorrar en tributaciones. Y a veces creo que es como esos grandes edificios vacíos de

Edimburgo, en Earthen Mound, donde las ventanas son solo adornos; sin embargo, en otras ocasiones, estoy segura de que puedo ver que el sol de la tarde se refleja en sus cristales.

—Podría convencerse fácilmente, señora Balcarres, si fuera a...

—Denle un penique a un muchacho para que tire una piedra contra ella y veremos lo que ocurre —dijo lady Carnbee.

—Pero no estoy segura de que desee averiguarlo —contestó mi tía Mary.

A continuación, se produjo un revuelo en el salón, y yo tuve que abandonar mi rincón, abrir la puerta a las ancianas señoras y verlas mientras se marchaban, bajando las escaleras una detrás de otra. El señor Pitmilly ofreció el brazo a lady Carnbee, a pesar de que siempre le llevaba la contraria; y así terminó el té. Mi tía acompañó a sus invitadas hasta lo alto de la escalera de una manera cortés y a la antigua, mientras yo bajé con ellas para asegurarme de que la criada estuviera en la puerta. Cuando regresé, mi tía Mary estaba de pie en mi rincón, mirando afuera. Al ocupar mi asiento, me preguntó, con expresión melancólica:

—Y bien, cariño: ¿y tú qué opinas?

—No puedo opinar. Me he pasado todo el rato leyendo un libro —le contesté.